

—Perdonadme, vizconde, que haya quebrantado la consigna, dijo acercándose con la mano tendida y la sonrisa en los labios.

—Qué me procura el placer?.... respondió M. de Villiers.

—Vamos á hablar de ello, querido mio, replicó el viejo general; pero ante todo, permitidme que os presente á M. Lemesle.

M. Lemesle, jóven de treinta años, vestido enteramente de negro, saludó por tres veces con aire digno.

M. Lemesle es notario, añadió el general volviendo á tomar su asiento cerca de la chimenea, vamos al momento á tener necesidad de sus servicios.

XVII

EL GENERAL O'BRIEN.

El vizconde Enrique de Villiers saludó al notario á su vez.

El viejo general dobló la *Independencia Belga*, que estaba disponiéndose á leer, y la metió en su bolsa.

—Os hubiera aguardado aquí hasta mañana, dijo.

—Me alegro mucho de haber vuelto, replicó M. de Villiers que logró sonreír; pero, puedo saber?....

—Sin duda, sin duda.... os hubiera aguardado á pié firme, porque es absoluta-

FRANCISCA ALFONSO

UNIVERSITARIA

mente necesario que nuestra acta se estienda antes del dia de mañana.

—Qué acta, mi querido general?

—Mi querido vizconde, la de vuestro testamento.

Enrique creyó haber oído mal, y se dirigió al notario, pidiéndole esplicacion.

El jóven vestido de negro se inclinó en silencio.

M. Lemesle no sabe nada, se apresuró á decir M. O'Brien, nada absolutamente; se halla aquí para prestar su ministerio y dar autenticidad á la cosa.

—Pero, dijo Enrique haciendo un esfuerzo para conservar su calma, permitidme! yo no sé haber manifestado el menor deseo de hacer testamento.

El general guiñó ligeramente el ojo al mirarlo, y respondió:

—No os acordais ya de lo que pasó esta noche?....

La edad del general, su título, su carácter, de lealtad caballeresca, daban una especie de solemnidad al estraño principio de esta escena.

No podia ser un lazo ni una mistificacion.

—Veo, prosiguió O'Brien, sin dar tiempo al vizconde á responder, que tenemos necesidad de conversar un rato los dos, ántes de fijar los términos de la redaccion de la acta.

—Os aseguro, interrumpió Enrique, que nada redactaremos.

—Caprichoso! murmuró el general sonriéndose.

Despues añadió:

—Pasemos, os lo suplico, á vuestro gabinete.... M. Lemesle tendrá la bondad de disimularnos.

M. Lemesle saludó de nuevo.

Un jóven notario que saluda con oportunidad y bien, hace carrera aun cuando no gaste anteojos.

El general pasó su brazo bajo el de Enrique, y lo arrastró á su pesar hasta el gabinete.

Era este un precioso retrete, pero engalanado de una manera estravagante, lleno de objetos disímbolos y de pueriles riquezas: un verdadero museo de un vizconde viajero.

El general O'Brien paseó su lente al derredor, y dijo:

—Delicioso!... madama, la marquesa debe estar loca con todo esto.

—Madama la marquesa, tiene mucho gusto! replicó con sequedad Enrique; que-  
reis darme, señor mio, la esplicacion de este  
enigma.

—El testamento! pronunció O'Brien con  
mucho gravedad.

Enrique tomó tambien un aire grave.

—Señor, dijo entonces, sois el amigo de  
la familia de Boistrudan... por esta cau-  
sa, acepto vuestro modo de obrar, por lo que  
hace á los hechos consumados... pero es  
necesario poner un término á todo esto; mi  
paciencia, como todas las cosas de este mun-  
do, tiene sus límites.

El general, entretanto, se habia sentado  
en uno de los ángulos de la chimenea.

—Olvidé dejar mi diario á ese pobre M.  
Lemesle, dijo, es un jóven de discrecion y  
de una prudencia!... En cuanto á vues-  
tra paciencia, vizconde, los límites que ella  
tiene, no me inquietan... No hemos ve-  
nido aquí para decirnos requiebros... que-  
reis sentaros, hablarémos tranquilamente,  
os lo ruego... Yo me presento en vues-

tra casa, como el encargado de los intereses  
del señor conde Alberto de Rosen, mi amigo.

—Lo he comprendido así al momento,  
respondió Enrique, y estoy pronto á escu-  
charos.

—Oidme pues, señor vizconde... pri-  
meramente, diré dos palabras que espliquen  
mi conducta en este negocio. Hace ya al-  
gun tiempo que conozco vuestra historia.  
A primera vista pareceria que mi deber me  
obligaba á prevenir á la marquesa, y hace-  
ros en seguida arrojar...

—Señor!... interrumpió Enrique.

—Señor, me anticipo á pedir os humilde-  
mente perdon por todas las palabras inju-  
rias que pueda proferir... y en cuanto á  
vos os suplico tengais alguna complacencia  
en gracia de este hecho; que si yo quisiese  
pronunciar una sola palabra, seriais perdido  
sin remedio.

Enrique movió la cabeza.

—Si no se trata mas que de pronunciar  
una sola palabra, dijo.

—Dios mio! vizconde, no estraviemos la  
cuestion desde sus primeros pasos... No-  
sotros hemos tenido motivos para callar, es-

to es claro. . . . Pero tambien es claro que si no son razonables, hablaremos.

—Y cuál es vuestro intento?

—Mi visita no tiene otro objeto, que el de manifestároslo; pero creedme, dejadme conducir mi barca segun mas me acomode, porque de lo contrario, naufragariamos. . . . Os decia pues, que mi deber de caballero, me obligaba al menos, en la apariencia, á arrancaros la máscara desde el principio. Así lo comprendia yo; pero Rosen ha sido de opinion contraria, y me ha hecho un argumento que no tiene respuesta: M. de Villiers, me ha dicho, no se casará nunca con la señorita de Boistrudan, porque yo lo mataré.

—*That is the question!*. . . . murmuró el vizconde esforzándose para sonreir.

—Para mí la cuestion está terminada. Rosen os matará cuando quiera, en consecuencia, yo he guardado silencio y solamente habria hablado para evitar á la noble jóven de la desgacia de ligar su vida á la vuestra. Hablemos, ahora, del negocio del testamento, porque no quisiera hacer esperar mas tiempo á M. Lemesle. Este negocio podria

cambiar enteramente nuestra línea de conducta. Se os ha concedido el duelo, sin merecerlo, es un exceso de caballerosidad por nuestra parte, porque no es con el duelo como se castiga el robo y el violo! No os exalteis, vizconde, vos mismo lo habeis ratificado esa noche misma con mas severas condiciones. . . . . Ahora, el duelo que se os habia concedido; habeis renunciado su beneficio con la fuga. . . . . Nosotros teniamos, pues, sobrado derecho para sustituir el arma de la ley francesa con la carabina ó el puñal. . . Yo lo hubiera hecho. . . . pero Rosen lo repugna á causa del nombre de miss Ellen Talbot, que quiere que se conserve puro como la alma de esa pobre mártir. . . . Pero su repugnancia, lo mismo que vuestra paciencia, de que hablábais hace poco, no es ilimitada. . . . Este derecho al combate que no tenéis, queremos vendéroslo.

Ah! Ah! exclamó Enrique, al precio de un testamento.

—Al precio de una restitucion. . . . Todo lo que poseis es nuestro botin.

—Este proceso, general, seria de un éxito muy dudoso. . . .

—Ante los tribunales, puede ser.... pero no ante el mundo.

—Esa es vuestra opinion.... la mia...

—Escusadme, vizconde, si os repito claramente que vuestra opinion nos importa bien poco. La mision que yo traigo, no es entrar en dicusion con vos, sino la de amenazaros. Si rehusais aceptar esta base indispensable de nuestra negociacion, esta noche misma sabrá la marquesa el nombre infame del malvado....

—Pero lo creerá!....

—Ademas, esta noche tambien, una memoria redactada de antemano por el jefe de la barra francesa, verá llenarse los huecos destinados á los nombres propios, y se depositará en los estrados de la Corte de Justicia.... Os decidís?

—Me garantizais que mis primas de Boistrudan, ignorarán la existencia de esta acta? preguntó Enrique.

—Enteramente, replicó el general, supuesto que nosotros tenemos la certidumbre de que jamas os casareis con Elena...

—No tendríais derecho á mi herencia, acabó Enrique, es justo.

O'Brien lo halló muy resignado, y temió una red.

—No tengo necesidad de deciros, prosiguió con tono severo, que es preciso andar derecho..... tengo buenos ojos.

—El notario está en vuestra compañía, replicó Enrique que lo miraba sonriendo, qué teneis que temer?

—Acceptais?

—Es preciso.

—Dais, pues, todos vuestros bienes muebles é inmuebles....

—Al conde Alberto de Rosen, es claro. El viejo O'Brien fijó sobre él una mirada de desconfianza, y llena de sorpresa.

El vizconde continuaba sonriéndose.

—Señor vizconde, dijo O'Brien, por bien vuestro, deseo que no tengais algun pensamiento oculto,.... porque entonces no tendríamos piedad.... En cuanto al nombre del legatario universal, podeis elegir.... El conde de Rosen no trata de recobrar su fortuna solamente para sí.... Podeis testar en su favor ó en el de miss Ellen Talbot, segun mas os acomode, eso es indiferente

Enrique reflexionó un instante.

—La fortuna es del conde Alberto de Rosen, dijo; y por consiguiente, al conde Alberto de Rosen debo devolverla.

M. O'Brien se levantó y fué á buscar al jóven notario M. Lemesle. Este, inmediatamente redactó, segun todas las reglas del arte, un testamento.

Lo leyó en voz alta é inteligible.

—Teneis alguna objecion que hacer? preguntó el general.

—Ninguna, replicó Enrique.

—Entonces, firmad.

—Con mucho gusto.

Tomó la pluma luego, y firmó con mano segura.

El general tomó el brazo del jóven notario, y lo llevó cerca de una ventana.

—Este hombre me engaña, le dijo; lo juraría!

M. Lemesle saludó.

—Qué valor tiene un testamento como éste?

—Tan fuerte como la misma ley.... pero....

—En ese caso el vizconde está ligado....

—Perdonadme, no he acabado.... pero iba yo á añadir, de aquí á media hora el vizconde puede hacer un segundo testamento, que anule éste en todas sus partes.

El viejo O'Brien dió un salto hasta la chimenea, tomó el papel sellado y lo hizo pedazos.

—Qué haceis? exclamó Enrique, que se habia arrojado en una poltrona.

—M. Lemesle! M. Lemesle! gritó el viejo general; no puede estenderse un documento mas seguro é indestructible?

—Si, tal, señor.... muchos actos..... os citaré entre otros la donacion entre vivos.

El general interrogó á Enrique con una mirada.

—Pienso que no aguardaréis de mí que yo me despoje de mi fortuna viviendo?

—El señor vizconde quiere no deshacerse de ella, sino despues de muerto? preguntó candorosamente el notario.

—Siempre que esto sea posible, replicó Enrique sonriendo.

—Entonces, dijo el notario, no habria mas que un remedio; y este seria suponer

ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. E.

una venta consentida por el señor vizconde.

O'Brien miró de nuevo á Enrique.

Este replicó con aire desembarazado:

—Redactad el acta de venta y acabemos: ya esto me fastidia!

—No basta esto, pensó el general. . . . . puede haber alguna puerta de salida!

—Reflexionad, mi querido M. Lemesle prosiguió en alta voz. . . . . con semejante acta no habria medio de desdecirse.

—Ninguo, general, es lo que se llama un contrato.

—Pero por qué diablo os reis? exclamó el viejo soldado, que se colocó delante de Enrique con los brazos cruzados.

—Permitidme que guarde mi secreto, replicó el vizconde.

Y luego, dirigiéndose al notario, añadió:

—Vamos, señor, quereis estender el documento?

M. Lemesle se puso incontinentemente á la obra, pero eran necesarias algunas instrucciones; se especificó entonces con el mayor cuidado los dominios del vizconde Enrique, que podian valer quinientos mil francos; los bienes muebles fueron necesariamente se-

parados. Se comprendieron en otro documento bajo forma especial: despues de lo cual M. de Villiers escribió una contra letra en la que renunciaba los réditos de las rentas viajeras, estipuladas en los dos contratos.

Al dejar la pluma, se levanto y presentó al general la letra con los dos contratos.

Os basta esto, señor? le preguntó.

El general tuvo todavía un momento de duda; su mirada consultó al jóven notario, quien no dejó en esta vez de saludar como tenia costumbre.

Por último, se vió obligado á responder afirmativamente.

Señor, dijo entonces Enrique de Villiers que se hizo á un lado para dejarle el paso, si os detuviese temeria abusar. . . . . habeis empeñado vuestra palabra de caballero de que no hariais nada en mi contra respecto de esas damas.

El general se dirigió hácia la puerta seguido del notario, qué saludó.

Antes de pasar el lumbral de ella, se volvió para decir:

ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. E.

—Guardo en mi corazon una duda grande, señor vizconde, pero yo os vigilaré!

El notario saludó de nuevo, y salieron.

—Si mencionamos los reiterados saludos de este jóve oficial ministerial, no es con la mira de hacer de ello un objeto de risa. La política es una noble cualidad. Hay algunos notarios que no acostumbran saludar. Los abogados de la nueva escuela, que llevan pantalones á la moda, conservan siempre sombreros en la cabeza.

El vizconde luego que quedó solo, se sentó en su escritorio, y sacó de uno de los cajones una cartera cerrada con llave.

—Es necesario que el contrato de matrimonio quede firmado ántes de que llegue la noche; dijo abriendo su cartera.

Tomó de esta cartera una carta escrita en papel muy fino, y que llevaba el sello de los Estados-Unidos de América.

Era una carta de miss Ellen Talbot, dirigida á Ellen de Boistrudan.

El vizconde la habia pagado muy cara, lo mismo que muchas otras, á un viejo bribon llamado Gontier; *escelente* criado que servia á los Boistrudan hacia cuarenta años.

Gontier entregaba así á M. de Villiers, previo un arreglo financiero, todas las cartas que llevaban el sello americano.

—Quiero volver á leer ese pasaje, dijo para sí Enrique Ellen vivirá mas tiempo que Rosen.... este documento que se han llevado, vale tanto como el billete de La Chatre....

Recorrió rápidamente con la vista la primera pájina de la carta, despues la segunda.

Al principio de la tercera leyó:

“..... es tan generoso, á pesar de la enormidad de sus agravios! he obtenido de él, que no matará mi última esperanza. En tanto que el padre de mi hija viva, puede volver á nuestro lado.... Rosen ha jurado no atentar contra la vida de su enemigo, mientras tenga esperanza de hacerlo volver”.....

Enrique volvió á leer con atencion estas pocas líneas:

“Este loco, moriria ántes que traicionar su juramento! murmuró; que yo vea su cara y todo está arreglado!

—Pero, se interrumpió, el testo es formal;

UNIVERSITARIA  
U. A. N. E.



en tanto que haya esperanza de hacerlo volver....

“Dilatarémos la firma del contrato; porque este contrato, haria desaparecer toda esperanza de volver.... la dilacion no será grande, y segun el aspecto que las cosas van tomando, el dia de mañana deben acontecer grandes sucesos!

Llamó á su ayuda de cámara.

—Para nadie estoy en casa, le dijo, excepto para M. Benito que vendrá á las cinco.

El hotel del vizconde tenia un jardin; en el jardin, el vizconde habia establecido un tiro de pistola.

A pesar del frio, pasó una gran parte del dia en tirar al blanco, ya con pistola, ya con carabina.

Su pulso nada habia perdido, su vista era justa y precisa.

Volvió á entrar cuando comenzó á caer la nieve, muy satisfecho de su destreza.

M. Benito se hizo anunciar pocos momentos despues.

Si Enrique no hubiera escuchado su nombre de la boca de su camarista, no lo hubiera reconocido,

M. Benito estaba trasformado en un verdadero petimetre.

Se hubiera podido pensar que entre los diversos oficios que en otro tiempo tuvo, habia desempeñado tambien el de comediante: sus cabellos, que habiamos visto blanquear la noche anterior, brillaban ahora, mas negros que las álas de un cuervo. Tenia patillas á la Vimord, escarmenadas *comme il faut*, y por las cuales habia pasado la *agua arcadiana* de Mde. de Saint Isidore. Su frente y su cara habian sufrido una mano de legía indispensable. Su camisa limpia, permanecia tiesa, con un vestido enteramente nuevo.

Se habia rejuvenecido diez años.

—En hora buena! exclamó Enrique, en Fontenoy nuestros caballeros franceses todos tenian camisa de lino con vuelos. Habis nacido á propósito para las batallas, amigo Benito.

—Pensais que el pícaro de Towah me reconozca! preguntó Benito.

—Estoy seguro de lo contrario! estáis guapísimo, y vuestra buena cara me confirma en una idea que tenia.... Quereis

que os presente á la señora duquesa de Rivas?

—A mí! exclamó el propietario, sorprendido:

—Su marido es aquel marques de Concha, del cual hablábamos hace poco, y que conocí en Nuevo-México.... El tomó el título de duque de Rivas....

—Y de qué serviría eso? preguntó Benito.

—De mucho.... pero ante todo, se hallan listos nuestros hombres?

—Ocho valientes de los mas guapos: cuatro para vos y cuatro para mí!

—Podrémos contar con ellos?

—Yo mismo los elegí.

—Y les pagais bien?

Benito tomó un aire melancólico.

—Y en dónde se hallan? preguntó de nuevo el vizconde.

Benito suspiró mas fuerte.

—Me he visto obligado á introducir el lobo en el aprisco, mis ocho pillos se hallan en mi casa, calle de San Dionisio en Montmartre.... desde el momento en que está

gente sabe el camino de ella, ya no la quiero, bien lo comprenderéis.... mi partido está tomado: terminado este negocio, la vendo y me expatrio.

—Dejaríais la Francia?

—Me iré á Belleville, á Montrouge, compraré otro terreno y fabricaré una casita.

—Lo que me admira es, que los háyais dejado solos en vuestra casa.

—Esto me admira á mí tambien.... pera, qué hacer?... de todos modos hubiera sido necesario introducirlos para estar en asecho de Towah.... Todo está bien cerrado, y ademas, les he echado un sermoncillo de moral, y ellos me han ofrecido estarse quietos.... por otra parte, ellos tendrán en qué entretenerse. Desde las nueve, quiero que los cuatro que me pertenecen se pongan en emboscada en el jardin.... Towah volverá, esto es claro.... Sabeis la idea que me ha ocurrido? le he hecho abrir una fosa en medio del camellon, en el mismo lugar donde encontramos á Mohicano bajo la nieve.

—Escelente idea! dijo Enrique; pero hablemos de negocios: es necesario comer y

ALFONSO

UNIVERSITARIA  
U. A. N. E.

dormir, porque esta noche tendremos buena tarea.... Ireis á comprar un dominó para vos, otros para los dos mas robustos de nuestros hombres, y dos vestidos completos de libreas para los otros....

—Y cuál librea? preguntó Benito.

—Cualquiera!..... importa poco..... castaño oscura, botones blancos de fantasía.... un cochero y un lacayo.... hecho esto, alquilaréis luego un landó con dos buenos caballos.... si no os lo quisiesen alquilar sin el cochero.... pagaréis....

—Pero es necesario dinero para todo eso, murmuró Benito.

—Enrique le alargó su cartera.

—Cosa de las dos de la mañana, el landó, conducido por dos de nuestros hombres, y encerrados los otros dos, vendrá á incorporarse á la hilera de carruajes, lo mas cerca posible de la puerta de la embajada....

—Y luego?

—Esto solamente por el pronto.... esta noche en el baile os diré lo que resta que hacer.

Llamó, y pidió la comida.

Benito salió á desempeñar su comision.

El vizconde comió con excelente apetito, y despues durmió un poco, segun la noble costumbre de todos los grandes capitanes, la víspera de una batalla.